

**EL PASADO DE LA IGLESIA DEL NAZARENO EN IBEROAMÉRICA:
HERENCIA Y GESTA AUTÓCTONA**

Lic. Wilfredo Canales

País de Origen: Perú

Sirviendo en: Paraguay

Introducción

Dedicar un tiempo, aunque sea limitado, a hacer un repaso histórico del peregrinaje de nuestra iglesia en tierras latinoamericanas, ha sido un gran acierto de los organizadores de esta primera conferencia teológica nazarena. No podemos pretender hacer una adecuada reflexión teológica y, menos, diseñar una adecuada estrategia de misión, olvidándonos de dar una mirada retrospectiva al camino recorrido.

Leyendo las reseñas de quienes han intentado darnos una aproximación panorámica de la presencia y desarrollo de la Iglesia del Nazareno en los diferentes países de Latinoamérica y Estados Unidos y Canadá, nos damos cuenta de que hay mucho camino por recorrer en el esfuerzo por estructurar o sistematizar ese recorrido o peregrinaje. Es evidente, en la gran mayoría de los ensayos, que los escritores han debido lidiar con serias limitaciones: escasez de fuentes interpretativas, disparidad en el aprestamiento para el uso de herramientas historiográficas (fuentes documentales oficiales, publicaciones ocasionales, historia oral, etc.) donde han estado al alcance, ausencia de un marco referencial amplio para inscribir lo local, distrital y/o nacional en el espectro de la iglesia como un cuerpo.

Lo más difícil y doloroso para reconocer, como resultado de esta primera mirada retrospectiva general de nuestro peregrinaje, es encontrarnos con una iglesia que, en la mayoría de los casos, no ha estado escuchando la voz del pasado. O, en el mejor de los casos, solo ha escuchado una voz monocorde, pragmática, no evaluativa, lo que no ha posibilitado una toma de conciencia apropiada de la vida de la iglesia misma.

El Rvdo. Leonel López, Superintendente Distrital de Cuba, ha afirmado “*Los nazarenos cubanos hemos navegado en el mar del olvido, con respecto a nuestra propia historia*, la que ha sido acompañada de una continua manifestación de la gracia de Dios en más de medio siglo de existencia en nuestra patria...sirviendo de instrumento para el adelanto del reinado de Dios en la tierra”¹. Estas palabras del Rvdo. López, revelan una situación que no es “patrimonio” solo de los nazarenos cubanos, ha sido una constante de los nazarenos en todo Iberoamérica. Y es que, no hacer memoria, equivale a vivir sin perspectiva, sumergidos en una actitud “ahorista”, privándonos de hacer los ajustes necesarios para un ministerio más relevante a la circunstancia presente que se quiere ministrar.

Raúl Serradell, escribiendo el prólogo de una importante obra sobre la historia de la iglesia cristiana, ha señalado:

La memoria es un elemento esencial en la formación de la identidad colectiva. La falta o la pérdida de ella puede producir graves perturbaciones en la identidad de una comunidad, de un pueblo o de una nación. Pero la memoria colectiva no es solamente una conquista es también un instrumento y un objeto de poder. Con su

¹ Leonel López. “Una reseña histórica de la Iglesia del Nazareno Cubana”. Ponencia inédita. 1ª. Conferencia Teológica Nazarena Iberoamericana. Octubre 2004, p.1, cursivas nuestras.

relato de la memoria del pueblo de Dios, el autor ha hecho del quehacer histórico un genuino ejercicio de “organización del pasado en función de las exigencias del presente” (Lucien Febvre), pues ha elaborado una herramienta que nos permite reconstruir la memoria sobre las raíces de nuestra identidad.²

Necesitamos, con urgencia, hacer memoria. Pero, no una memoria como simple reseña cronológica o frío ejercicio académico, sino una memoria crítica que nos permita evaluar nuestra trayectoria como iglesia sin temor, pero con una pasión comprometida con el propósito de Dios. Necesitamos hacer memoria porque anhelamos redescubrir o rearticular nuestro sentido de identidad, de manera que podamos ministrar en el contexto presente con la esperanza de legar una mejor herencia a las generaciones venideras.³

La necesidad de una mirada histórica crítica no es sólo un desafío para los nazarenos. Lo es para todo el protestantismo latinoamericano. José Míguez Bonino, enfatizando el imperativo de hacer un trabajo histórico serio de la iglesia protestante en nuestro continente, escribió hace unos años: “El protestantismo latinoamericano necesita desesperadamente esa carta (historia), esa herencia. Y la necesita especialmente en esta hora de crecimiento acelerado, de renovación y fervor religioso, en un mundo al que parecen haber ‘regresado’ todos los dioses. Es preciso que, en esta hora, sepamos vincular memoria y destino, recuerdo y esperanza, pasado y proyecto”.⁴

Lo anterior nos plantea un reto: necesitamos poner más atención a nuestra historia. Necesitamos hacer un trabajo histórico serio, equilibrado, comprometido con la causa del evangelio que nuestra iglesia declara servir. Esta conferencia ha dado un paso importante, aunque modesto, que nos permite reconocer que, el camino por recorrer (articular nuestras memorias) es largo, pero hay que transitarlo porque lo necesitamos urgentemente.

Herencia y gesta autóctona

Hemos hecho referencia, en otros ensayos, a aquello que consideramos nuestra herencia fundacional⁵. Normalmente, cuando hemos hablado de la herencia recibida, hemos aludido a ese conjunto de ideales y convicciones declarados por aquellos hermanos que dieron los pasos iniciales para la siembra de la Iglesia del Nazareno en nuestras tierras. No pasamos por alto el hecho de que, entre los ideales declarados y lo realmente forjado, hay una distancia y, hasta una diferencia. Sin embargo, esos ideales y convicciones, como legado o herencia, siguen siendo válidos en el sentido de que nos permiten evaluar el trabajo realizado y la fidelidad o no a los ideales compartidos.

En el específico proceso de plantar la iglesia en América Latina, esos ideales y convicciones fueron encarnándose en estilos particulares de acción, que han dado el carácter a nuestra denominación en los diferentes países donde ministramos al presente. Es evidente que este proceso no se dio de manera estandarizada. Por un lado, el trasfondo de los primeros misioneros

² En: Juan Driver. *La Fe en la Periferia de la Historia: una historia del pueblo cristiano desde la perspectiva de los movimientos de restauración y reforma radical* (Guatemala: Ediciones Semilla, 1997), p.17.

³ Este señalamiento lo hemos hecho en anteriores oportunidades. Véase: Wilfredo Canales. “Transmitiendo la Herencia”, en *Revista Ministerio*, Kansas City, No. 1, Vol. VI, 1992. También, Wilfredo Canales, “Recibiendo un Legado”, Ponencia Inédita, Conferencia Global Nazarena de Teología, Guatemala, 2002.

⁴ “Carta a los jóvenes historiadores del protestantismo latinoamericano”, en *Revista Electrónica Espacio de Diálogo*, (FTL-México), No. 1, Septiembre-Diciembre 2004, pp. 1-2.

⁵ Ver nota (3).

no fue homogéneo, no sólo en lo que se refiere a la zona de los EE.UU. de donde procedían⁶ sino, también, a los antedecedentes de los grupos de los que habían sido parte, algunos misioneros pioneros, antes de ser nazarenos.⁷ Por otro lado, las condiciones sociales, políticas, económicas, culturales y religiosas de los países latinoamericanos, tampoco fueron homogéneas y, por lo tanto, la inserción de la iglesia en las respectivas sociedades no se dio de la misma forma.

Consideramos importante honrar la memoria de los pioneros (misioneros y nacionales) que, sin otro aliciente que su mística comprometida con la causa del Reino de Dios, dieron los primeros pasos en estas tierras sembrando la iglesia de la que ahora somos parte. Sin ser exhaustivos en la mención, y sólo con el deseo de, en ellos, honrar a todos los de esa generación, queremos recordar a: Leona Gardner (1902) en Cuba; Richard S. Anderson (1904) y Mardoqueo Paz en Guatemala; Roger Winans (1914), Espiridión Julca y Baltazar Rubio en Perú; Francisco y Lula H. Ferguson, Carlos y Catalina Miller (1914), y Lucía García de Costa en Argentina; S. M. Stafford (1908) y V. G. Santín en México. En estas personas, rendimos tributo a todos los que, nominal o anónimamente sirvieron al Señor en el establecimiento de nuestra iglesia en suelo latinoamericano. Ministros ordenados y laicos, hombres y mujeres, jóvenes y adultos, personas sencillas y otros con cierta preparación profesional, todos contribuyeron para que la joven Iglesia del Nazareno fuera haciéndose un espacio en el contexto de las iglesias evangélicas que deseaban proclamar el evangelio en esta parte del mundo. El período correspondiente al trabajo pionero, los primeros veinte años, es un reto para los historiadores nazarenos latinoamericanos que debe ser atendido con seriedad e integridad.

Por la limitación de espacio, en esta oportunidad, queremos hacer un esbozo de exploración en torno a lo que, los organizadores de esta conferencia han denominado la *gesta autóctona*. Decimos que es un “esbozo de exploración” por su carácter preliminar y porque reconocemos que, este esfuerzo interpretativo, debe ser un trabajo de equipo. Lo que vamos a compartir, son los primeros apuntes de un trabajo que requiere profundización y ampliación. No obstante, consideramos que, las percepciones generales compartidas por los autores de los ensayos acerca de los países iberoamericanos donde nuestra iglesia ministra⁸, y nuestras propias percepciones y primeras indagaciones, fruto del ministerio misionero y docente en las tres regiones de nuestra iglesia en América Latina, nos brindan la perspectiva básica para aproximarnos a este intento.

Abordaremos nuestra aproximación a la luz de los siguientes criterios de evaluación:

Criterio misionológico

No necesitamos argumentar demasiado para reconocer que la Iglesia del Nazareno no surgió como un proyecto religioso advenedizo y pasajero. Desde sus inicios, nuestra iglesia asume su rol

⁶ Esto es importante recalcar por el hecho de que, la Iglesia del Nazareno en los EE.UU., desde sus inicios, enfrentó el dilema respecto al grado de normativa que debía tenerse para orientar la vida de los miembros. Las discusiones tenían como trasfondo si las “propuestas” provenían de grupos del este o del oeste, del norte o del sur, del país. Por supuesto, no está demás decir que, dependiendo de la procedencia de las propuestas, éstas se calificaban como “conservadoras” o “liberales” por los grupos respectivos. Para mayores detalles, véase: Timothy Smith. La Historia de los Nazarenos: los años formativos (Kansas City: CNP, s/f).

⁷ Es interesante resaltar que, en lo que concierne al comienzo de nuestra iglesia en América Latina, en algunos países, los nazarenos llegamos antes de ser nazarenos. Ver referencias al respecto en los ensayos de Richard Faúndez, Ignacio Malca y Evelio Vásquez, en lo relacionado al trabajo pionero en Chile, Argentina y Perú, respectivamente.

⁸ Los trabajos han estado disponibles para todos los participantes de esta conferencia en la página web del Seminario Nazareno de las Américas: www.sendas.ws

en el contexto de la misión de Dios en medio de la historia. En un documento que se ha convertido en marco referencial clave para nuestra iglesia al iniciarse el presente milenio, la Junta de Superintendentes Generales reafirmaba que: “Nuestra iglesia se fundó para transformar al mundo diseminando la santidad bíblica. Somos una iglesia de la Gran Comisión y de santidad al mismo tiempo. *Nuestra misión es hacer discípulos en todas las naciones, a semejanza de Cristo*”.⁹

Esta declaración con ser básica, fundamental¹⁰ no siempre ha constituido el terreno sobre el cual hemos realizado nuestra labor como iglesia. Misionológicamente, la gesta autóctona de los nazarenos latinoamericanos se percibe debilitada o en déficit. Es más, en algunos lugares hemos tenido retrocesos significativos. Como muy bien lo señala Evelio Vásquez, “Los primeros misioneros y pastores peruanos, tal vez no utilizaron el lenguaje de *misión integral* que se propone a la iglesia de nuestros días, pero desde los albores de la Iglesia del Nazareno en el Perú, se predicó un evangelio integral”¹¹. Esta aseveración, curiosamente, es verdad para la mayoría de los casos en el período inicial o pionero de establecimiento de la iglesia¹², más no ha ocurrido así en los esfuerzos posteriores y, menos aún podemos decir, que describe a la generalidad del ministerio actual de nuestra iglesia en el mundo hispano.¹³

Algo pasó en la gesta autóctona nazarena latinoamericana que nos llevó, no sólo a no preservar ese enfoque inicial de ministerio (embrionario) sino, además, a no ampliar esa perspectiva en un contexto como el de nuestro continente, tan deteriorado y tan urgido de testimonios de transformación integral. Por supuesto, la dilución de esa perspectiva misionológica básica no se dio de manera automática. En el camino, si bien es cierto se ha mantenido, a nivel declarativo, la identificación con los postulados fundacionales y pioneros de la iglesia, lo cierto es que, las prioridades ministeriales de la misma, se han estado enfocando en otras direcciones. En este proceso, elementos cruciales del marco misionológico han sido diluidos y, como consecuencia, la ambigüedad se tendió como manto sobre la naturaleza y misión de la iglesia distorsionando perfiles que debían ser nítidos para todos.

La declaración de la Junta de Superintendentes Generales recordaba que “*nuestra misión es hacer discípulos en todas las naciones, a semejanza de Cristo*”, nada más que eso, pero nada menos, tampoco. Sin embargo, en la acción cotidiana de la mayoría de nuestras congregaciones, desde hace buen tiempo, el *hacer discípulos* ha devenido en *hacer miembros*, a semejanza de los miembros más antiguos en el gremio. La *organización de una iglesia*, es definida desde un enfoque predominantemente administrativo (número de personas, nombramiento de una junta, etc.), cuya *identidad* ha estado ligada a símbolos formales como el estilo litúrgico, el lenguaje denominacional, los eventos característicos (sesión anual, asamblea de distrito, etc.), más que desde un enfoque bíblico (una comunidad de fe que expresa el Señorío de Jesucristo) y cuya

⁹ Una Fe Viva: Las creencias de los Nazarenos. (Kansas City: CNP, 2001), p.1. Las cursivas son nuestras.

¹⁰ Aunque hay cierto sesgo en el lenguaje que, a nuestro criterio, debe ser pulido en aras de una aprehensión bíblico-teológica más clara. Por ejemplo, cuando se declara que somos una iglesia “de la Gran Comisión y de santidad” (cursivas nuestras), se desliza la idea de que lo segundo no está implícito en lo primero, lo que, a la luz de la Escritura no es correcto.

¹¹ “Herencia y Gesta Autóctona de la Iglesia del Nazareno en el Perú”, p.3.

¹² No es casualidad que, en las obras más antiguas de nuestra iglesia en América Latina, se encuentren menciones a esfuerzos educativos (escuelas primarias, mayormente) y pequeños dispensarios médicos como medios para servir a la gente en el nombre de Jesucristo.

¹³ Por supuesto, no desconocemos los esfuerzos de algunas congregaciones y distritos que han desarrollado un enfoque amplio de su ministerio. El señalamiento lo hacemos en función de la gran mayoría de congregaciones que, no solamente carecen de ministerios desarrollados en un marco de misión integral, sino que ni siquiera definen una marco misionológico para lo que hacen.

identidad se manifiesta en un estilo de vida marcado por los valores esenciales del Reino¹⁴, que se encarnan en la radicalidad de un compromiso con el propósito eterno de Dios en el contexto específico de nuestras culturas.

Este sesgo eclesiológico fue acentuado por una opción *estratégica* (voluntaria o circunstancial, tendrá que discutirse más adelante) que dio cierta estabilidad al modelo. Nuestra iglesia en América Latina echó raíces, mayormente, en lugares periféricos. Es decir, a nivel nacional, privilegió el interior antes que la capital de los países; se extendió con más facilidad en los sectores rurales antes que en los urbanos. Cuando llegó a estos últimos, lo hizo “siguiendo el rastro” a los nazarenos rurales que se trasladaban a la ciudad y, muchos de ellos, aún en la ciudad, se ubicaban en sectores periféricos y conservaron la forma rural de “hacer iglesia”. Nuestra gesta autóctona no ha logrado revertir este enfoque. Con muy contadas excepciones¹⁵, todavía no hemos desarrollado propuestas significativas de ministerio integral, para los diferentes contextos urbanos en los que ya estamos presentes de manera modesta. Esto influyó, también, la *pastoral* de nuestra iglesia que, en la mayoría de los casos y durante mucho tiempo, se tornó defensiva y de protección, evitando o minimizando el contacto y/o la colaboración con las otras iglesias evangélicas. Peor aún, en ciertas circunstancias, este enfoque de pastoral derivó en actitudes de competencia, midiendo nuestros “resultados” en comparación con lo que lograban otras iglesias.

Los cambios que se han producido en las diferentes etapas de la vida de nuestra iglesia en el continente, no han sido cambios de fondo. Más bien, han sido ajustes en los métodos (cuestiones prácticas), sin cambiar la perspectiva misionológica básica que ha permanecido vigente todo este tiempo.

En una atmósfera de fragilidad misionológica como el descrito, podemos entender por qué enfrentamos hoy tantas dificultades para preservar la “identidad nazarena” frente a las influencias de los diversos movimientos que se están dando en el contexto religioso contemporáneo¹⁶ y que, de una manera u otra, han llegado hasta nuestras congregaciones.

Criterio Organizativo

Desde el punto de vista organizacional, declaramos que, como denominación, al momento de nuestra fundación y en las primeras etapas de consolidación, optamos por un paradigma que nos mantuviera equidistantes del episcopalismo y del congregacionalismo. Esto implicaba que, en todas las instancias decisionales de la iglesia, debía darse una participación genuinamente representativa y no sólo decorativa, en plano de igualdad, de laicos y ministros ordenados. Esto, en el entendido de que ambos grupos forman la iglesia y es, por medio de ella, más en sus consensos que en sus disensos, que el Señor se manifiesta para ir guiando a su pueblo en la línea de su propósito específico para una circunstancia específica.

La observación más elemental nos dice que, en la práctica, nuestra gesta autóctona asumió y reprodujo los *procedimientos* de una estructura organizativa¹⁷, pero no los *principios* que les daban sustento a la misma. Ha abrigado con calor los *programas* (defendiendo ardorosamente

¹⁴ Para Zacarías, el padre de Juan el Bautista, estos valores esenciales son “santidad y justicia” (Luc. 1:74,75). Para el Señor Jesús, “santidad, justicia y amor” (Mt. 5-7).

¹⁵ Como la de la Iglesia del Nazareno Central, en Campinas, (Sao Paulo, Brasil). Aún en este caso, se trata de una ciudad intermedia que está próxima a la urbe.

¹⁶ Es interesante notar las diversas perspectivas de análisis general que encontramos en los autores de los ensayos sobre la Iglesia del Nazareno en los diferentes países. Les recomendamos una lectura detallada de los mismos.

¹⁷ Estos procedimientos están fielmente reflejados en lo que llamamos el Manual de la Iglesia.

esquemas por sí solos), pero no ha logrado desarrollar los *ministerios* a los que esos programas deben servir.¹⁸

Para complicar el panorama, debemos señalar otro aspecto clave. El diseño organizacional de nuestra iglesia, fue tomado de un contexto social marcado por los valores políticos de la democracia moderna (expresada en roles de representatividad). La forjación de la misma iglesia en América Latina, debió enfrentar el desafío de un contexto donde, todavía, prevalecían los valores del cacicazgo, del patronazgo y, en contextos de populismo, del caudillismo, en la estructura sociopolítica. Los valores de estos esquemas se mimetizaron o camuflaron en los procedimientos formales de la democracia representativa, lo cual les permitía seguir manteniendo los privilegios del poder. Al heredarse, en el contexto de nuestra iglesia, una estructura organizativa que, además de sus valores declarados, fue acompañada de un estilo propio de “hacer las cosas”¹⁹, la gesta autóctona, en la mayoría de los casos, siguió el paradigma modelado por la práctica, en lugar de hacer el ajuste y acercarse más al paradigma declarado en los valores organizacionales de nuestra iglesia. Para la mayoría de los líderes (nos referimos aquí a los superintendentes de distrito) que tuvieron que asumir en el período de la transición del liderazgo misionero al nacional, su rol fue definido en términos de perpetuar las formas y no los valores organizacionales²⁰.

A medida que ha ido pasando el tiempo, esta situación, en vez de enmendarse, se ha ido complicando al punto de que, en muchos lugares, se percibe que los diferentes niveles de nuestra organización eclesial parecieran transitar terrenos autárquicos. Para muestra, un botón: en una primera etapa, a nivel local, se dio el acatamiento de las directrices del liderazgo distrital; en una segunda etapa, las iglesias locales empezaron a mostrar cierta resistencia ante directrices distritales que, obviamente, no las habían tomado en cuenta al momento de ser diseñadas (esas directrices); hoy, se puede notar una marcada tendencia, por parte de las iglesias locales, a ignorar la relevancia y ascendencia del liderazgo distrital en varios aspectos del quehacer eclesial.

Criterio Teológico

El *criterio teológico* alude a la dimensión reflexiva de la vida de iglesia. Es decir, a esa capacidad que tiene o debe tener la iglesia para pensar acerca de su rol en el contexto en el que se está forjando, para asimilar y rearticular el mensaje que debe proclamar, teniendo en cuenta el legado recibido, su propio acercamiento a la Palabra de Dios y su particular peregrinaje en medio de caminos que plantean desafíos muy diferentes a los que debió afrontar la iglesia madre.

En el documento que hemos aludido antes, la Junta de Superintendentes Generales declara: “La Iglesia del Nazareno nació en los albores del siglo XX” P. F. Bresee y otros líderes estaban

¹⁸ En muchas ocasiones y lugares, incluso, se ha hecho de la “defensa del Manual” (como frío procedimiento) la causa de la iglesia, cuando lo fundamental es defender y proteger los *principios* que están detrás de esos procedimientos. No en vano, cada cuatro años, nuestra Asamblea General ha aprobado ajustes, modificaciones, clarificaciones a estos procedimientos para que reflejen mejor los principios que hemos asumido como rectores.

¹⁹ Debemos recordar que, en muchos lugares, los misioneros que tuvieron responsabilidades de liderazgo administrativo, en vez de encarnar valores nuevos, asumieron roles de “jefatura” o “patronazgo” con lo cual dificultaron la forjación de modelos más próximos a los valores que nuestra iglesia propugnó siempre.

²⁰ Aún cuando, estos líderes nacionales, no contaran con los mismos recursos que se adscribían al rol del misionero (especialmente, recursos económicos, símbolos de estatus, etc.). Hay un testimonio valioso respecto a la vivencia de esta etapa, que fue escrito por un recordado y amado colega, hoy en la presencia del Señor: Joaquín Lima. “El rol del Superintendente de Distrito Nacional”. 1ª. Conferencia Regional de Líderes de la Iglesia del Nazareno (Lima, 1983). Conferencia inédita.

profundamente convencidos de que Dios los había unido con el definido propósito de proclamar, a la iglesia y al mundo, el evangelio de Jesucristo en la *tradición wesleyana de santidad*.²¹ Este carácter particular del evangelio está definido en el documento bajo el apartado de “Somos un Pueblo de Santidad”.²²

Los pioneros de nuestra iglesia cumplieron muy bien su rol al transmitirnos, a la luz de su conocimiento y experiencia, lo que para ellos implicó este mensaje. Nuestros primeros pastores y laicos hicieron bien en abrazar este mensaje, con pasión, llevándolo por doquiera. Sin embargo, la gesta autóctona, otra vez, quedó corta. Con el paso de los años, en vez de producirse un proceso de *maduración teológica*, que hubiera permitido a la iglesia toda (ministros ordenados y laicos), descubrir las implicaciones de este mensaje a la luz de las nuevas circunstancias, más bien, se dio un proceso de *fijación doctrinal* que no incentivó el esfuerzo por actualizar la comprensión del mensaje bíblico de santidad y sus demandas en el contexto latinoamericano.

Teológicamente, se optó por una *actitud repetitiva* más que *reflexiva*. En ese sentido, por ejemplo, en lo que concierne al desafío bíblico de una vida santa, se reprodujeron, en la enseñanza y predicación, más las categorías de la teología sistemática nazarena²³, que las de una teología bíblica que hubiera reflejado más el carácter wesleyano de nuestra teología. Por otro lado, esta actitud repetitiva, llevó a definir la *fidelidad teológica*, en términos de repetir exactamente lo que nuestros textos oficiales de teología sistemática decían, en vez de evaluar esa fidelidad en conexión con la verdad de la Palabra, interpretada en el marco de nuestra propia circunstancia de ministerio.

Este criterio de evaluación incluye a la educación teológica nazarena, especialmente la que se ha provisto por medio de institutos y seminarios. Independientemente de las épocas y de los diseños programáticos²⁴, en su carácter, nuestra educación teológica ha sido, mayormente, reproductora más que transformadora. Los esfuerzos por introducir innovaciones y profundidad en el quehacer educativo teológico, aún con ser modestos, han enfrentado el desafío del pragmatismo que, a la larga, ha ahogado los anhelos por forjar espacios para la reflexión responsable, que permita a la iglesia ministrar con profundidad en medio de un mundo cada más desafiante.

En descargo de la gesta autóctona latinoamericana, y para atenuar la fuerza de esta carencia en la reflexión teológica, hay que señalar los limitados recursos con los que han contado los nazarenos hispanos. No obstante ser uno de los grupos idiomáticos más importantes, después del inglés, la literatura nazarena ha sido deficitaria en la provisión de materia prima para la reflexión seria. Nos identificamos como una iglesia de santidad heredera de la enseñanza wesleyana. Sin embargo, lo

²¹ Ob. Cit., p.16. *Cursivas nuestras*.

²² *Ibíd.*, p. 5.

²³ Al utilizar esta frase, no estamos sugiriendo que la teología sistemática de nuestra iglesia (en el contexto anglosajón) ha sido homogénea todo el tiempo. Reconocemos que la comprensión de las doctrinas cardinales en nuestra denominación es dinámica y, al interior de ella, se dan corrientes de interpretación que, en perspectiva, permiten ir actualizando nuestro mensaje para desafiar el mundo que nos toca ministrar. Para una visión histórica amplia de estas tensiones interpretativas, recomendamos: Mark R. Quanstrom. **A Century of Holiness Theology: The Doctrine of Entire Sanctification in the Church of the Nazarene 1905 to 2004** (Kansas City: Beacon Hill Press, 2004), 231 pp.

²⁴ Cuando se escriba la historia de nuestra educación teológica nazarena latinoamericana (institucional), seguramente se destacará el hecho de que, nuestra estrategia educativa ha sido muy fluctuante y que, además, hemos hecho constantes cambios sin realizar estudios serios respecto a lo que se implementó con anterioridad, su nivel de implementación, sus frutos, sus limitaciones, etc., para, a partir de ese análisis, construir mejor y de manera progresiva y no solo cancelatoria.

que hemos tenido de Wesley, en español, ha sido ínfimo.²⁵ Por otro lado, los hispanos que están comprometidos con la reflexión teológica seria, pero no tienen acceso al idioma inglés, no han podido seguir el ritmo de las propuestas teológicas que se han estado haciendo en el contexto anglosajón de nuestra iglesia.²⁶ Confiamos que, con los nuevos recursos a disposición, nuestra reflexión se enriquezca y se refleje en el ministerio de la iglesia.

Conclusión

El panorama de nuestra gesta autóctona, brevemente explorado, nos plantea claros desafíos a los nazarenos latinoamericanos.

1. Necesitamos recuperar para nuestra iglesia, una *perspectiva misionológica* que sea más fiel al mandato de Jesucristo (Mateo 28). Como iglesia, no existimos para servir de pedestal a famas pasajeras, nuestra razón de ser es servir a Jesucristo. Y, según su mandato, debemos forjar discípulos que tengan la semejanza de Él. A la luz de esto, el discipulado deja de ser una “tarea” aliada del “evangelismo”, como normalmente se le concibe, y pasa a ser el objetivo de la vida y misión de la iglesia. Otra será nuestra historia cuando, en nuestras sesiones anuales y asambleas de distrito, en vez de informar cuántos nuevos “miembros hemos ganado” celebremos cuán mejores discípulos somos y cómo nuestro testimonio, como pueblo de Dios, está siendo usado por Él para “agregar a los que habían de ser salvos”. Este cambio de perspectiva hará que la evangelización sea asumida, en su integridad, por la iglesia local y sea evaluada a la luz de la obediencia a Jesucristo.

2. Necesitamos redescubrir y revalorar los *principios* que dan soporte a nuestra estructura organizacional. A la par de esto, necesitamos revisar la consistencia y consecuencia de nuestro estilo de hacer lo que hacemos como iglesia, a todos los niveles. De nada nos sirve guardar las apariencias organizacionales cuando los procesos decisionales no reflejan nuestros valores. Nuestra cultura organizacional también debe reflejar que somos una iglesia santa o que, por lo menos, pretende serlo. Esto implicará un proceso de re-entrenamiento a todo nivel de nuestro liderazgo para encarnar esos valores que fueron parte del proyecto original de nuestra denominación.

3. La Iglesia del Nazareno requiere, urgentemente, iluminar su acción con más reflexión y, al mismo tiempo, nutrir su reflexión con los desafíos que provienen de su acción. Desde la Escritura se nos señala que la *teología* no es un adorno ni un pasatiempo en la vida de la iglesia. Más bien, la *teología* es hija de la *misión*. Previa a la reflexión, está la obediencia, fruto de la reflexión debe ser el compromiso con el Señor y su Reino. La reflexión de la Palabra, bajo la guía del Espíritu, no sólo en nuestras instituciones de educación teológica sino en la vida cotidiana de nuestra iglesia, en todos sus niveles, debe llevarnos a una renovación profunda que nos impulse a la conquista de nuestro mundo. Nuestra iglesia necesita, como los discípulos camino a Emaús, que al reflexionar la Palabra de la mano del Resucitado, nuestro corazón arda y nos impulse frente a todo y contra todo, a volver a aquellos lugares (como Jerusalén) que habiendo significado fracaso y vergüenza, sean transformados por el mensaje de esperanza y restauración plena, que sólo el poder de Dios hace posible. Por lo tanto, nuestra reflexión no debe quedar prisionera ni del

²⁵ Hasta hace muy poco tiempo, lo único que teníamos de él, eran tres obras: Los dos tomos de Sermones y La Perfección Cristiana. Todos estos publicados por la Casa Nazarena de Publicaciones. Celebramos que, desde hace unos años, hemos empezado a tener los 14 tomos de las obras de Wesley, en un esfuerzo conjunto de varias editoriales.

²⁶ Recomendamos, especialmente, los trabajos de Mildred Bangs Wynkoop, H. Ray Dunning y William M. Greathouse.

Wilfredo Canales

pragmatismo y menos del quietismo. Ambas prisiones rebajan a nuestra iglesia. El Señor nos ha convocado para algo más grande que eso (1 P. 2:9).